

## El siguiente atardecer

La finca es enorme. Una alfombra de verdes parras moteadas por el marrón oscuro de las ramas que se extiende durante más de cuatrocientas hectáreas entre la liviana neblina de la tarde otoñal. Anna mira desde la habitación 114 del Eco Hotel Oller del Mas hacia los viñedos y cierra los ojos unos segundos para intentar recordar.

La última vez que vio a Jaume, ella tenía dieciocho años, ese hotel aún no había abierto sus puertas y ella se marchaba a Barcelona a estudiar Historia del Arte. Era septiembre de 2014. Después llegó la oportunidad de su estancia en Florencia, el doctorado en Roma, años de conferencias y mesas redondas sobre el románico español en lugares que ahora sería incapaz de pronunciar. Varios libros (sobre todo aquel estudio de las relaciones del arte y la música en la pintura del siglo XII que fue premiado en la *Biennale Historique* de París del 46) y millones de imágenes almacenadas en la nube y que estuvo viendo en el avión que la traía de vuelta a su tierra para repasar el simposio de Cambridge al que estaba invitada.

Habían pasado más de cuarenta años, pero todo aquello (la finca, los campos, el castillo medieval) seguía exactamente igual a cuando Anna y Jaume tenían trece años y correteaban por los viñedos del abuelo de él. Nada había cambiado; solo ella, más vieja ahora que en aquellos días de pantorrillas firmes y piel lisa.

—Abuela, ¿estás segura de que vendrá?

Anna vuelve la cabeza hacia la cama de matrimonio. Eloïse lleva las TV-gafas puestas, lo que le deja el pelo, rizado como lo tenía Anna por esos años de su adolescencia, hecho una maraña por las sienes. Come cacahuetes del minibar sentada al borde de la cama.

—Vendrá —responde—. Me lo dijo en el último correo.

—¿Y la última vez vino?— Eloïse dice eso mientras se quita las gafas y las lanza hacia atrás. Rebotan en el colchón y están a punto de caer al suelo. Su nieta tiene más o menos la edad que tenía Anna cuando Jaume la cogió de la mano y la llevó al extremo de la

finca para darle el primer beso de otros muchos que seguirían latiendo en sus labios a pesar del tiempo y la distancia.

—La última vez no pudo venir.

—Después de hacerte viajar tres horas...

—Hoy sí vendrá —Anna cierra la ventana de la habitación con fuerza, como zanjando la conversación—. Y si no..., bueno, por eso estás aquí. ¿O es que no quieres acompañar a tu abuela en su viaje al pasado?

La chica no sabe qué responder, así que se encoge de hombros. Luego se inclina para alcanzar las TV-gafas y vuelve a ponérselas.

—Al menos la comida está buena —dice.

Anna y Eloïse llegaron esa mañana. Comieron en el restaurante del hotel. De nuevo, probó el vino de Oller del Mas en la finca. Y otra vez le llegaban al paladar los aromas a frutos rojos y negros, el roble francés, pero desde el mismo Pla de Bages, como si el hecho de estar allí hiciera disfrutar más y mejor del vino. Si inspiraba de forma profunda, hinchando los pulmones, Anna era capaz de llenarse del aroma del campo, del aire fresco, de henchirse con la presencia de todos los sonidos de aquellas tierras que, quién sabe por qué, también correteaban en esencia por el líquido, cual taninos ocultos que solo ella era capaz de descubrir.

Estuvo reviviendo el momento mágico de descorchar una botella de tinto Arnau Oller durante años. Cuando llegaba el mensajero con el paquete de tres botellas a su piso de Montmartre y ella se ponía una copa en la isla de la cocina, la cascada granate la transportaba a Oller del Mas. Fue también un tinto Arnau Oller la botella que Jaume llevaba en las manos, en aquel septiembre fresco de hace cuatro décadas en el que unos recién estrenados dieciocho años les abrían las puertas del incierto futuro.

Era el último día del verano. Jaume y Anna estaban ocultos por las parras, iluminados por la anaranjada luz del atardecer. Jaume había cortado una rosa de uno de esos rosales que se ponían en los extremos de los viñedos para anticiparse a las plagas y se la puso a Anna en el ojal de la rebeca. Luego brindaron por el amor naciente, por que volvieran a verse, por eternizar ese momento. Tenían dieciocho años y un amor que les aprisionaba el pecho como un intenso pálpito que solo pudieron refrenar cuando ya era noche cerrada y no quedaba ni una gota de vino en la botella.

—Tienes los ojos del color del vino, Anna —le dijo él, los dos tumbados en una sábana bajo las parras.

Y Anna reía. Un amor cocinado a fuego lento. Cinco años de miradas furtivas y besos robados entre el nieto del propietario de las bodegas (que algún día habría de heredarlas) y una joven de manresana cuya madre acudía a ayudar en la cocina cuando había algún evento importante. Cinco años que culminaban con una pasión que iba a truncarse irremediabilmente porque Anna empezaba a estudiar su carrera y Jaume volvería a Estados Unidos para concluir el bachillerato.

No volvieron a verse.

Alguna charla vía Internet, correos electrónicos interminables y poco más. Pronto la pasión se fue apagando y cada uno de los dos, a pesar de jurarse amor eterno aquel atardecer, rehízo su vida. Jaume se casó. Anna también, en Francia. Cuando organizaron un encuentro, Sébastien (el marido de ella) había muerto cuatro meses atrás. Un accidente de tráfico. Pero Jaume no pudo acudir en aquella ocasión. Fue a última hora, por un temporal que asoló la costa este de los Estados Unidos.

Ahora nada iba a impedir el que se vieran. Jaume escribió el último correo cuando ya estaba en el avión. Tenía que solucionar unos asuntos en Barcelona a mediodía y habían quedado para cenar.

Entre el hermano de Jaume y él llevaban el negocio. El marco inigualable de Oller del Mas hacía que nunca faltara trabajo: exposiciones, celebraciones, bodas, rutas turísticas, cenas de amigos en verano, junto a la piscina... El hermano era quien dirigía la bodega y el resto de los recursos desde allí, y Jaume llevaba la parte comercial y de exportación desde Nueva York. En alguno de esos larguísimos correos electrónicos, Jaume le explicaba a Anna que ya iba siendo hora de dejar paso a la siguiente generación. Aún no tenía los sesenta años, pero una empresa con una tradición familiar de tantos siglos no debía anclarse si quería prosperar. Su padre, su abuelo, su bisabuelo..., todos habían contribuido a mantener joven el espíritu milenario de la familia Oller, aunque pareciera una contradicción. Anna no sabía si Jaume tenía hijos, y tampoco conocía a su hermano. Quizá en la cena de esa noche.

Mientras tanto, Anna y su nieta Eloïse dan una vuelta por la finca. Una joven les va haciendo de guía.

—¿La conocían? —les dijo—. ¿Habían estado aquí alguna vez?

—Yo sí —respondió Anna—, hace mucho tiempo, pero mi nieta no.

Eloïse no parece estar muy entusiasmada. Ha dejado su París natal y un fin de semana de diversión (aunque esta consistiera en reunirse en casa de algún amigo para ver vídeos musicales) por contentar a su abuela con ese viaje a sus recuerdos. Aun así, atendió a la explicación de la guía turística sin interrumpirla. La joven les dice que, además de vino, obviamente, siguen cultivando nogales y olivos. Les enseña el campo de golf, iluminado por altísimas farolas LED, donde un par de hombres echan una partida en esos momentos.

—¿Estaban esperando al Sr. Jaume para la cena, verdad?

—Sí —responde Anna—. ¿Algún problema?

—Me han dicho en recepción que me avisarán cuando llegue. Por lo visto, tiene una sorpresa para ustedes.

—¿Una sorpresa...?

Después de media hora de visita, en la que la joven les ha llevado hasta el salón principal de celebraciones, suena su teléfono móvil y la guía responde con monosílabos. Luego se dirige a Anna y su nieta:

—Me comentan que ya pueden pasar al restaurante. El Sr. Jaume está allí.

Cruzando pasillos de piedra y mármol, decorados con pinturas centenarias de los miembros más antiguos de la familia Oller, Anna nota que le flaquean las piernas. ¿Sentirá algo cuando lo tenga de nuevo frente a frente? Porque se han visto varias veces por Internet, durante videoconferencias, pero no es lo mismo. Recuerda el tacto de sus cabellos, entrelazados en sus dedos, pero sus dedos ahora tienen las marcas del tiempo y quizá Jaume ya no tenga esa melena ondulada de color oscuro.

A Anna no le cuesta demasiado reconocer a Jaume. A pesar de las siete u ocho mesas que hay ocupadas, puede distinguirlo perfectamente. Sentado en el centro del restaurante, todavía conserva buena parte de esa melena, aunque el pelo es muy canoso. Se levanta cuando ve venir a las dos mujeres. No ha perdido ni un ápice de su envergadura. También se levanta de la mesa un muchacho que está junto a él.

—Querida Anna —dice Jaume—. Estás preciosa, como siempre.

Jaume y ella se abrazan unos segundos. Él le da un beso en la mejilla, que a ella le eriza el vello de la nuca, y luego le clava los ojos en sus ojos durante unos instantes que a Anna le parecen eternos.

—Sigues teniendo el color de nuestro vino en las pupilas.

Anna sonríe. Jaume mira hacia Elo se, que est a muy seria, clavada como una estaca en el suelo con las manos en la espalda.

—Me habías dicho que vendr as con tu nieta, pero no que era toda una mujercita.  C mo te llamas?

—Elo se.

— T  no estar s bajo un almendro?

— C mo?

—Nada, nada —Jaume sonríe—. Es genial que hayas venido. Así podrías hablar con mi hijo.

—Nunca me dijiste que tuviste un hijo —dice Anna bajando la mirada.

Jaume sacude la cabeza, quiz a arrepentido. Se sientan a comer. Refrescos para los chicos, vino blanco para ellos. Se ponen al día. Jaume le cuenta que se divorci  de su mujer tras unos años difíciles y que, por fin, parece haber hecho las paces con el pequeño Jonathan. Al muchacho le cuesta un poco hablar y entender el castellano, pero la conversación con Elo se es fluida durante toda la cena. Jaume le explica que al día siguiente, domingo, tendrá lugar la presentación de un nuevo vino de la bodega; por eso está ahí. Tamb en porque pretende ceder su lugar a otra persona más competente, alguien que está todo el tiempo en la zona. Va a mandar a su hijo a Barcelona, a estudiar el bachillerato y la carrera de Económicas, para que de ese modo pueda empezar a familiarizarse con el negocio.

—Eso quiere él —le explica Jaume—. Quizá porque nunca ha estado por aquí, echa de menos el vínculo familiar. Además, si mi hijo estudia aquí, tendrá la excusa perfecta para no pasarme todo el tiempo en Estados Unidos.

— Y present is un nuevo vino?

—S , mañana. Est is invitadas, por supuesto. No s  cuándo sale vuestro vuelo, pero quizá pod is posponerlo. Además, creo que te gustaría posponerlo...

Si entrecerraba los ojos, y puesto que el vino ya empezaba a provocar sus efectos, Anna podía ver todavía en el rostro de Jaume los vestigios pasados de una belleza natural. La frente amplia, la nariz recta. Los labios carnosos que tanto había besado cuando era una muchacha.

—Vamos a tener el honor —dice Jaume— de ser casi los primeros catadores. Cuando llegue la carne, nos lo servirán.

En efecto, con el solomillo al roquefort el camarero trajo una botella de vino tinto envuelta en una servilleta de tela y les sirvió a Jaume y a Anna antes de esbozar los detalles del caldo que iban a degustar:

—Se trata de una mezcla exquisita de las variedades Cabernet Sauvignon, Monastrell y Petit Verdot. Como ven, su color es rojo granate, brillante e intenso. En nariz tiene notas balsámicas, de frutas rojas maduras y aceitunas negras, de nuestra finca, claro. En boca recuerda aromas especiados de terrenos mediterráneos. Y, ya en paladar, es elegante, a veces goloso pero sin una agresividad que llegue a empalagar.

Jaume y Anna brindan y toman un pequeño sorbo.

—Muy bueno, de verdad —dice Anna.

—Yo ya lo había probado, pero en Nueva York —dice Jaume—. Me mandaron un par de botellas, pero, por supuesto, no hay nada como estar aquí para saborearlo por completo. Lo mejor es su nombre.

—¿Cómo lo habéis llamado?

—Como tú: Anna.

Anna casi se atraganta. Eloïse, que hasta ese momento mantenía una fluida conversación con Jonathan (al final, los jóvenes encuentran la manera de comunicarse, aunque uno de ellos no domine el idioma del otro), se gira hacia su abuela.

—Abuela, ¡enhorabuena!

—Pero... no entiendo —acierta a decir Anna.

—¿Cómo se llama el vino? —le pregunta Jaume al camarero. Este aparta la servilleta y deja la botella sobre la mesa antes de marcharse. En la etiqueta blanca, en letras doradas de línea simple puede leerse: «Tardor d'Anna». El atardecer de Anna.

—¿Y eso? —dice ella.

—Me pidieron un nombre —responde Jaume—. Cuando mi abuelo dirigía los designios de Oller del Mas los nombres de los vinos correspondían a antiguos antepasados de nuestra familia. Eso cambió hace unos veinte años. Sin perder la tradición de los vinos clásicos, hemos actualizado la cosecha con nuevas cepas, así que había que nombrar nuevos vinos. El blanco que hemos tomado antes se llama «Bacasis», nombre que ya aparece en

escritos del famoso geógrafo griego Tolomeo, en el siglo I, y que derivó en el nombre de nuestra comarca: Bages. El padrino es mi hermano, al que mañana conoceréis en la presentación oficial. A mí me tocó bautizar el tinto. Y le puse «Tardor d'Anna».

—No has respondido a mi pregunta —dice Anna, algo azorada por la noticia.

—Llevo cuarenta años pensando en aquella tarde que pasamos juntos, Anna. Es el homenaje más simple que podía hacerte, a ti y a la magia de los días que pasamos juntos. De hecho, tan solo son unas letras en unos cientos de botellas. Solo eso.

Eloïse mira a su abuela. Casi ha empezado a probar el solomillo, pero se disculpa y se levanta de la mesa. Le hace un gesto a Jonathan para que la acompañe. Prefiere dejarlos solos. Anna y Jaume se quedan unos segundos en silencio. Luego él le coge de la mano. Cuando está a punto de hablar, ella se le adelanta:

—¿Por qué ahora, Jaume? Después de cuarenta años pensando en ti, de casarme, de tener hijos, nietos... ¿Por qué esta declaración de amor ahora y no hace cuarenta años, cuando aún podríamos haber disfrutado del tiempo? ¿Por qué nunca viniste a verme a Francia? ¿Por qué siempre nos conformamos con los correos electrónicos y las conversaciones telefónicas?

—Sé que ahora hay muchas preguntas —dice él—. Y no tengo las respuestas. De hecho, no tengo ninguna. Me casé. Me divorcié. Tuve a Jonathan. Me enfadé con el mundo y lo pagué con él, por no haber sabido elegir a la mujer de mi vida. Cada mañana despertaba pensando en lo que tú estarías haciendo en la otra parte del mundo. Pero todo eso queda atrás, quizá ya demasiado atrás. Ahora la vida nos ha dado otra oportunidad. Otro tiempo nuevo que se abre. Tenemos sesenta años, pero nos queda mucha vida. Somos jóvenes para seguir acabándonos botellas de vino en mitad de los viñedos, para ver el atardecer tras Montserrat y esperar que venga el sol a arañarnos la cara cada mañana de nuestras vidas, del resto de nuestras vidas. Anna, nunca es tarde para decir te quiero, y lo que quiero ahora es que no nos separemos. Mi trabajo está en Nueva York, pero se puede hacer desde cualquier otra parte del mundo. Tú das clase en La Sorbona, y a Jonathan le vendría bien aprender francés.

Anna no sabe qué decir.

—Tengo que pensarlo, Jaume.

Anna sigue notando la suave textura de los dedos de él acariciándole la piel. Mira la botella de vino sobre la mesa. «Tardor d'Anna». Y, de nuevo, a su memoria acude el recuerdo de aquel último atardecer que pasaron juntos Jaume y ella, tumbados en las tierras húmedas, bajo las parras, con todo un cielo de nubes rosas y naranjas como el que ya no ha vuelto nunca a ver.

Se quedan en silencio unos minutos que parecen horas.

Esa noche, tumbadas en la cama, Eloïse y Anna miran al techo de la habitación 114 del Eco Hotel Oller del Mas.

—¿Qué tal con Jonathan? —le pregunta.

—Bien. No es mal chico. Nos costaba entendernos, pero con gestos y con ganas es sencillo. ¿Cómo ha ido con Jaume?

—Quiere otra oportunidad.

—¿Recuperar el tiempo perdido? —pregunta la nieta.

—Más que eso, quizá —responde Anna—. Quiere inaugurar un tiempo nuevo.

Al día siguiente, la bodega se llena de gente para asistir a la presentación del nuevo vino. Anna ha conseguido cambiar el vuelo para la noche. Llegarán cansadas a clase al día siguiente, pero no puede decirle que no a Jaume, y más tratándose de un vino que lleva su nombre.

El hermano de Jaume, Pau, es el maestro de ceremonias. Presenta el acto, saluda a todas las autoridades asistentes y se desenvuelve como pez en el agua. Cuando cede la palabra a Jaume, este se llena una copa del nuevo tinto y la alza a todos los invitados, cerca de trescientas personas que se agolpan en el salón principal.

—Este vino —dice, buscando la mirada de Anna— es el fruto de más de cuarenta años de espera. Una evocadora espera que hoy podemos llevarnos al paladar y saborear con la frescura de la juventud. Los terrenos sobre los que estamos tienen cientos de años, pero el espíritu que dirige esta empresa es joven y fuerte. Y así debe seguir siéndolo. Nuestra vitalidad reside en eso mismo: en contemplar el pasado para no defraudarlo, pero siempre con la mirada puesta en el futuro. En el atardecer de mi vida he querido rendir un apasionado homenaje a mi pasado, poniendo una semilla de amor para el futuro. Porque, como leemos en *La Celestina*, «nadie es tan viejo que no pueda vivir un año más, ni tan joven que no pueda morir hoy mismo». Por eso este vino tinto se llama así: «Tardor

d'Anna». Porque, en ocasiones, la esperanza de un nuevo amor hay que buscarla en el recuerdo de un pasado feliz. ¡Salud, amigos!

Anna cierra los ojos y, al abrirlos, se le humedecen los párpados. Mira a su izquierda, donde está su nieta Eloïse, que le devuelve una sonrisa. Al lado de ella está Jonathan, que aplaude como los demás asistentes a la presentación. Anna bebe de su copa, mirando hacia Jaume. Por un instante, sus miradas se cruzan. Por un segundo, parece que el tiempo retroceda y vuelvan a tener dieciocho años. De nuevo vuelve a ser ese 2014 lejano en el que se juraron amor eterno y ninguno cumplió la promesa.

Eloïse vuelve la cabeza hacia Jonathan. Este la estaba mirando. Tendrá uno o dos años más que ella, un chico alto y delgado, como su padre, con unos ojos pequeños de color claro que esconden una limpia mirada. Sonríe. Eloïse también lo hace. Ella estira la mano para agarrar la de él. Jonathan no la rechaza. Le acaricia los nudillos. Siguen mirándose. Segundos que parecen minutos. Ella y su abuela tienen que coger un vuelo a París a las diez menos cuarto. Para entonces, ya habrá anochecido por completo, ya estarán muy lejos de allí. Sin embargo, las dos, aunque no lo sepan, están pensando lo mismo. A las dos les gustaría que ese no fuera su último atardecer en Oller del Mas.